

nerse en los grandes días luminosos de la Grecia, en Roma, en Francia, acompañando el encanto del arte más puro. Estrecha es la relación que ha existido entre el triunfo de la civilización más elevada y esa independencia de criterio que ha llevado á la mujer á libertarse de la miseria oculta, en un gran gesto dignificador de rebeldía desconocida.

En cambio, nunca ha sido la vida más triste que cuando la mujer ha cubierto su cabeza de ceniza y se ha envuelto en burdo sayal que la desexualizaba, aceptando el peso ominoso de la miseria material.

Sobre el amor

Paul Adam, ese gallardo luchador de toda buena causa, productor infatigable, autor de cuarenta magníficos volúmenes que continuarán la hermosa labor de Balzac y de Zola, acaba de publicar un libro de ensayos bajo el título sugestivo de *La moral del amor*, demostrando que al través de los años no ha dejado de ser por un momento aquel «espectáculo magnífico» que asombró á Remy de Gourmont. La impetuosidad bravía de su naturalismo, unida á la noble fantasía decadente, ha mantenido viva en él aquella fuerza que es su encanto y su poder. Paul Adam ha pasado por en medio del torbellino de las escuelas literarias, levantando muy en alto su bandera personal, haciendo obra propia, exclusiva, sin relaciones con ninguna de sus contemporáneas. Apenas si por lo macizo de la construcción y por el afán cíclico que le anima se acierta á ver que la potencia que animó á Balzac y á Zola dirige y encauza las acciones de ese artífice de la palabra escrita, cuyos días van amontonando esas dos epopeyas que se llaman *El tiempo y la vida* y *La Época*.

El ensueño cíclico del creador de *La comedia humana* y del padre de *Los Rougon Macquart* alienta en el espíritu de ese hombre joven, cuya tenacidad en el trabajo es un solemne desmentido á la tan proclamada decadencia de la raza latina. Paul Adam, como aquellos dos grandes construc-

tores, no se limita á la trivialidad de la obra escrita para el día; trabaja con la risueña constancia del que se empeña en una tarea enorme, sin mirar atrás, con esa especie de fatalidad que podíamos encontrar en dos ó tres docenas de hombres, más pensadores que astutos, de Francia, Italia, España y Portugal, lotes maravillosos de la vieja planta latina, retoñando en la primavera mágica de lo porvenir.

Nada tan consolador como el estudio de esos hombres, hormigas que en lo incesante del afán diario, en la constancia cotidiana de la página escrita, dan el más grande de los desmentidos á cuantos acusan de frívola, superficial y ligera el alma de nuestra raza. Son los Galdós en España, los Adam y Gourmont en Francia, quienes pueden reivindicar la vitalidad de la vieja raíz que se decía seca para siempre en el exhausto cielo latino. Son esos hombres los que demuestran como no todo son frivolidades vanas, como hay quien trabaja por la glorificación de un ideal.

Cuando el sarcasmo cae sobre la raza nuestra y una voz extraña ríe de nuestros esfuerzos, motejándonos de inútiles para la vida moderna, yo me vuelvo con tranquila confianza hacia esos hombres privilegiados, y viéndoles, en su esfuerzo inaudito, en su empecinada constancia ejemplar, siempre sobre la mesa de estudio, júzgome con derecho á levantar la frente un momento ensombrecida. La visión de tales hombres basta para dejarme ver lo preconcebido de ciertas acusaciones. No; todo no es superficialidad, ligereza, frivolidad; bajo la risueña capa que la tradición cuelga de nuestros hombros, hay también pensamientos que investigan, cerebros que meditan, espíritus que calculan; suele haber grandes cosas serias debajo de este nuestro latinismo que nos lleva á aceptar la compañía jovial, fantástica del

arte, de un arte claro, fácil y sencillo como la vida.

Así este Paul Adam. Su vida de trabajo vivifica como un baño reconfortante; su ejemplo es un estímulo y un acicate. La montaña de sus libros dice de un espíritu equilibrado, sano y justo, empeñado en una gran obra de regeneración social.

La última obra merece particular atención. Sus disquisiciones sobre el amor en Francia no serán del todo inútiles, aquí, entre nosotros, donde por imitación á lo francés hemos adquirido unos cuantos vicios más.

La moral del amor no es una obra complicada y difícil, llena de esas nebulosidades que han puesto en moda los imitadores de la filosofía germana. Fácil, accesible á todos, no desmiente la genealogía; es una obra sencilla en la que un cerebro reposado ha ido volcando ideas, no esa tonta preocupación artificiosa del estilo, última defensa de los que no piensan.

Paul Adam, como hombre de su tiempo, cuyo apresuramiento no le permite la fatuidad petulante de permanecer horas enteras frente al espejo anudando una corbata, no tiene la necia preocupación de la palabra escogida y de la frase elegante. Su bondad está en su pensamiento; desdén las galas de la escritura para el «snob» ocioso; su fuerza está en el ímpetu gallardo, en la virilidad de la apostura. Su pluma vibra y hace vibrar.

Estudiando el problema del amor francés, cuya característica de adulterio ha envilecido á la literatura de todo el mundo y ha llenado de sombras el espíritu de todos los hombres buenos, el autor de *La force* no tiene la pusilánime precaución femenina de no hacer daño. Empeñado en una tarea de sanidad acomete la empresa con bravura, sin reparar en los medios, y por esto no es de extrañar que á veces la frase cruda choque á oídos ti-

moratos, en la exacta gráfica representación de lo que es necesario hacer resaltar.

Cree Adam que la gran enfermedad de su patria es el amor, ese amor cantado por los poetas, amor sentimental, esterilizador, que ya en la mitología nos mostraba á Hércules hilando á los pies de Onfalia. Esa manera de entender el amor es un peligro social; con ello se preparan generaciones de débiles, de cobardes, de esclavos, de hombres sin voluntad ni iniciativa, que por eso mismo recurren tan fácilmente á los medios expeditivos del crimen para romper pesados lazos, pues el crimen se hace siempre más fácil para el hombre débil que no la valentía de una vida enérgica y pura.

De pasión criminal vive Francia y toda la raza latina. El amante despechado, el marido burlado, todos los que ven huírles una pasión lírica, acariciada en un momento de falsa exaltación poética, todos recurren al puñal, al revólver, al vitriolo. Las hojas diarias vienen repletas de hechos de sangre, cometidos bajo la impulsión del erotismo incontenido. Toda una literatura vive sumergida en un charco de sangre humana. Toda una raza se disuelve y muere en ese sacrificio diario.

En *La moral del amor* Paul Adam describe las miserias observadas, no con el hipócrita criterio religioso que impone la muerte del sexo, sino con la bravura del hombre sano que rechaza todo lo que sea mentira y vicio.

Harto han sonado las palabras de cuantos glorifican el cobarde falseamiento del amor en eso que se llama adulterio, para que no se produzca un momento de calma y en él repercutan las palabras del sagaz observador. Dice así: El adulterio es desleal; esencialmente es la mentira. El amante traiciona al hombre cuya mano estrecha, de quien recibe beneficios, de quien se proclama íntimo. Su ocupación es mentir, engañar, esconderse, acep-

tar todas las humillaciones de la conciencia. Entrenamiento cotidiano á la «ignominia». Para Adam el adulterio no es un peligro por sí mismo, sino porque pervierte la raza adiestrándola en la mentira. Cada uno puede hacer de su cuerpo lo que se le antoje, pero á condición de no mentir, de no engañar, de no perpetuar la infamia haciendo oculto el vicio.

El novelista francés en sus ensayos de moral colectiva proclama la necesidad de emprender nuevos rumbos en lo que atañe á la educación de las generaciones nuevas. Cree, y á mi juicio con sobrada razón, que todo el mal proviene del exagerado lirismo en que nos hemos amamantado. Los romanticismos de un Lamartine han pervertido más corazones que la dura realidad de un Zola. En el adolescente está la fuerza futura; hundamos al adolescente en el pantano romántico, destinándolo á vivir en el erotismo sentimental, y haremos de él un ser estúpido, sin voluntad, sin energía, cuya resolución más fácil será la de Werther, volviendo contra sí el arma dejada á su alcance, ó la de cualquier «apache», amenazando con la muerte á la mujer que rehuye sus asiduidades.

Paul Adam propone diversos medios para poner término á una situación ya intolerable en Francia y difícil en todos los países latinos, donde se suceden los crímenes pasionales, principalmente en España, donde la caza á la mujer ha constituido una especie de deporte amatorio. Contra el adulterio la obligación de unirse en matrimonio legal los dos cómplices. Contra el vicio oculto, la reglamentación artística de lo que hoy es sordidez repugnante. Contra el crimen pasional la libertad del amor.

Y con el objeto de hacer menos bestial el espíritu del hombre, poniendo término á una alucinación dolorosa creada por todo lo vedado, propone la fundación de «templos de la belleza» donde el

alma humana se haga pura por la contemplación de las grandes obras de arte en las que el cuerpo ha sido glorificado. Con ello se levantaría el nivel de la belleza y se inculcaría ese respeto noble que ya un tiempo tuvo la humanidad por todo lo vivo. Propone también la celebración de grandes fiestas de la belleza en las que el espíritu de la multitud se sensibilizaría, aceptando al arte como el gran calmante de todas las enfermedades de que padece nuestra sociedad.

El libro de Paul Adam es, como se puede comprender por algunas de las ideas apuntadas, excesivamente sincero para que pueda ser llevado íntegramente á las columnas de los diarios de hoy. Citándolo y comentándolo ligeramente no quiero hacer más que señalarlo á la atención del curioso á quien preocupen cuestiones de tan elevada importancia.

La hipocresía social no permite que las enfermedades colectivas sean tratadas á la luz del día, para que todos tengan el ejemplo y puedan estudiarlo si les place. Para ello se han formado hospitales que se llaman revistas científicas, creyendo que así puede evitarse un mal que no está nunca en el comentario sino en el hecho en sí.

En cambio se permite que los focos malsanos permanezcan abiertos día y noche, en plena sociedad, contaminándose las almas nuevas, los espíritus jóvenes. Toda una literatura continúa llevando sus perfumes de muerte al mismo seno de los hogares, emponzoñando á los adolescentes, llevando al puro la noción del mal, dando al tímido el ejemplo y enseñando al ignorante los medios posibles.

Se ha dicho bastante contra la literatura de crímenes y de robos que floreció hace algún tiempo al amparo de la desidia pública, favoreciendo la criminalidad precoz. Mucho más habría que decir contra esta otra literatura de pasión malsana, de

adulterio, de vicio, de crimen pasional que de Francia viene como una racha destructora.

Paul Adam con sus estudios ha librado, de frente y sin rodeos, el noble combate empeñado en sus novelas. Trátase de un himno á la vida, sin mentiras que la infamen, sin vicio que la deshonre; vida pura, sencilla y natural, donde la pasión no se envuelva en velos, haciéndose criminal y maldita.

La juventud de nuestra raza debiera, toda, conocer ese libro, hacer de él una obra de estudio, meditarla mucho para tener luego esa noble confianza en sí mismo que es la base moral de toda conquista y de todo anhelo.

Entre nosotros, pervertida la juventud por un exceso de fuerza, convendría que *La moral del amor* se propagara, llevando á todos la enseñanza ejemplar de un noble espíritu, de un corazón bueno, de un cerebro sano.

FIN

AGENCIA EDITORIAL

HISPANO-AMERICANA

GERENTE: JUAN DE LA PRESA

Diputación, 367.—BARCELONA

Esta Agencia ofrece sus servicios para la Representación de Casas americanas en España.

Admite encargos de carácter editorial y edita por su cuenta las obras que convienen. Edita también por cuenta de los autores, cualquier clase de publicación que contribuya al desarrollo de la cultura.

Facilita mercados á los autores poco conocidos, por contar la Agencia con corresponsales librerías en toda España y América Latina.

Se ocupa de la impresión de obras á precios económicos y facilita presupuestos á quien los solicite.

Se encarga de traducciones de todos los idiomas.

Se ocupa de ilustrar obras, por los más reputados dibujantes, y de hacer cualquier clase de fotograbado.

Consultorio de asuntos editoriales y de información literaria.

